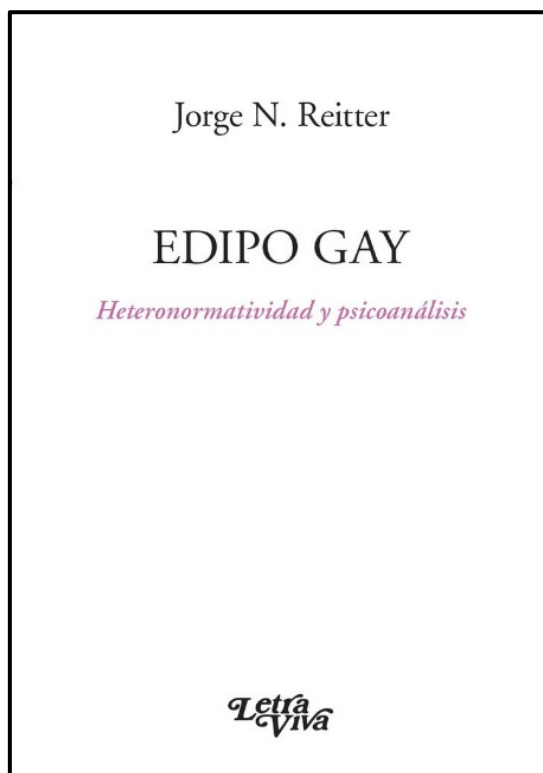

Del closet del psicoanálisis

O del closet al psicoanálisis

A propósito de *Edipo gay. Heteronormatividad y psicoanálisis*¹, de Jorge N. Reitter

fernando barrios



Dedicado a tres mujeres -en un gesto micropolítico, ya que las suponemos cercanas, incluso íntimas del autor- y al movimiento de liberación homosexual, *Edipo gay* irrumpe

¹ Jorge N. Reitter *Edipo gay. Heteronormatividad y psicoanálisis*, Letra Viva Editorial, Buenos Aires, 2019.

en el panorama de los textos que interrogan al psicoanálisis en un doble movimiento: desde adentro y desde afuera. O quizás sea mejor decir, desde adentro con un afuera que problematiza, deconstruye -no necesariamente al modo derridiano- pone en crisis al psicoanálisis.

Un psicoanálisis que -como también nosotros hemos señalado- está atravesado dirán unxs, constituido, dirán otrxs, ha aportado algo nada menor -discurso- a la heteronormatividad, diremos nosotrxs.²

En un Prólogo de título ingenioso y provocador: “La homofobia en el clóset”, se va directamente al grano: el psicoanálisis institucional IPA ha mantenido en el closet su homofobia sin que ello le haya impedido negar la entrada a analistas homosexuales.

El 1° de diciembre de 1921 Ernst Jones comenta, en una de las circulares del Comité Secreto, que los holandeses le consultaron sobre la conveniencia de aceptar como miembro de la sociedad psicoanalítica a “un doctor conocido manifiestamente como homosexual”. Jones se los desaconseja, y plantea a los restantes miembros del Comité la pregunta si la exclusión de los homosexuales de la formación analítica debiera ser la norma general para la Asociación Psicoanalítica Internacional. Freud y Rank opinan que no, “la decisión en tales casos debería basarse en una valoración individual de las cualidades de la persona”. Para gran decepción mía, la postura de Ferenczi (él, que antes de su encuentro con el psicoanálisis había defendido valientemente los derechos de los “uranistas” ante la Asociación Médica de Budapest) es que “por el momento sería mejor rechazar por principio a todos los homosexuales manifiestos; generalmente, son demasiado anormales”. Finalmente triunfa la postura de negar a los homosexuales la posibilidad de la formación psicoanalítica, sin que Freud se haya opuesto a esta decisión con la firmeza con la que defendió el análisis “profano”. Esta postura rigió en la I.P.A. por más de cincuenta años, pero *nunca fue escrita*.³

² Fernando Barrios, “Lo que la heterosexualidad le debe al psicoanálisis”, www.revistanacate.com > [lo-que-la-heterosexualidad-le-debe-al-psicoanalisis](http://www.revistanacate.com/lo-que-la-heterosexualidad-le-debe-al-psicoanalisis)

³ J. Reitter, op. cit., p. 9.

La expresión “*demasiado anormales*” quizás bastaría para dar cuenta de por dónde andaban los ideales IPA respecto del análisis. Una decisión no escrita hace pensar en lo kafkiano de un embrollo ideológico en el que el psicoanálisis ubicó su posición normativa. Calamidad, le llamará Jean Allouch.⁴

Lacan parece haber situado de otro modo las cosas, a pesar de lo cual eso no garantiza -nada garantiza casi nada en el análisis, hay que decirlo- lo que entiendo un viraje hacia lo que eventualmente sería un psicoanálisis no-normativo.

Dice Reitter:

No tengo la impresión que esta liberalidad en lo fáctico de Lacan se haya trasladado a las instituciones lacanianas. Recuerdo por ejemplo que en mis años de estudiante en la Facultad de Psicología de la UBA (una facultad que en ese clima post-dictadura vivía una euforia lacaniana) se planteaba la pregunta de si un homosexual, un “perverso” según Lacan, podía ser psicoanalista. De eso hace varios años, pero hace unos días nomás me contaban que Jorge Alemán preguntaba, en un seminario, en qué sociedad psicoanalítica los miembros que eran gays podían serlo abiertamente.⁵

El estilo por momentos testimonial, implicado siempre, de Reitter, retoma un gesto que considero nada menor de la llamada literatura *queer*: no se habla sino *desde la herida*; “*hablar herido*” dirá Daniel Lourenco en posteo de Facebook en 2018. Eso conlleva la inconveniencia de *hablar por* o *hablar sobre* otrxs, lección que no todxs han aprendido, no sin costos para quienes resultan de este modo objetivadxs.

Reitter lo dice sin ambages:

La producción teórica en psicoanálisis no suele surgir de la ciencia pura y desinteresada (si es que alguna ciencia lo es): incluye al sujeto y su deseo. Este libro es el recorrido, el producto y el testimonio de un sostenido e intenso trabajo

⁴ Jean Allouch, *L'éthification de la psychanalyse. Calamité* Cahiers de l'Unebévue, EPEL, Paris, 1996.

⁵ J. Reitter, *Edipo gay...*, Ibid., p. 10.

subjetivo (y un doloroso duelo) para resolver cuestiones que ningún psicoanálisis pudo resolver. Por ello, si bien la mayor parte de lo que dice es transferible a otras formas de la diversidad sexual, está especialmente centrado en la cuestión gay.⁶

Algo de esto se juega en la recomendación de Fabrice Bourlez en *Queer psychanalyse*: dado que se supone como evidencia la heterosexualidad del/la analista, será necesario una suerte de *coming-out* performático, ante el/la analisante que se dice no heterosexual.

Decirse, presentarse como homo-analista o queer-analista serían, entiende Bourlez, modos de reapropiación irónica de las identidades supuestas al interior de un psicoanálisis.⁷ ¿Performar un/x *queer* analista como uno más de los semblantes a hacer jugar en el análisis si eso fuera necesario?

Una o dos preguntas insisten en *Edipo gay*:

[...] ¿se pueden encontrar maneras menos heteronormativas de plantear la relación del complejo de Edipo con el complejo de castración (como pretendo demostrar en este libro, los dispositivos heteronormativos por excelencia del psicoanálisis)?⁸

Y serán esas preguntas que vertebran el discurrir ensayístico por capítulos que incluyen: “Edipo gay”, “Psicoanálisis y homofobia”, “Heteronormatividad del psicoanálisis”, “El enredo originario”, “De cómo el psicoanálisis no pudo escapar a la heteronorma”, “Edipo *reloaded*”, así como una *Miscelánea*: “Acerca de lo políticamente incorrecto del erotismo”, “Replantear lo posible en cuanto tal”, “La homosexualidad como perturbación y como lujo”, “Felix Julius Boehm” y un *Bonus track*: “Ciclo de conversaciones ‘estar analista’ Espacio coordinado por Pablo Tajman y Manuel Murillo” y un “Epílogo”.

Una primera consideración crítica que se me ocurre es respecto a mantener el Edipo en el centro de las discusiones, incluso una vez que se lo ha develado como dispositivo normalizador. La objeción parte de la advertencia foucaultiana respecto a los dispositivos:

⁶ Ibid., p. 11.

⁷ Fabrice Bourlez, *Queer psychanalyse. Clinique mineur et déconstructions du genre*, Ed. Hermann, Paris, 2018, p. 154.

⁸ J. Reitter, op. cit., pp. 11-12.

un dispositivo no permite, no habilita, sino aquello para lo cual fue creado. Entiendo sin embargo, que dado que la historia de lo *queer* es la historia de las reapropiaciones, resulte válido el intento.

En el Prólogo a la segunda edición, junto a consideraciones que hacen a la colonialidad del saber y al darse cuenta de sus efectos en la escritura -entre otras cosas el relativo desconocimiento de otras voces sudamericanas que también están, estamos intentando decir algo al respecto- Reitter se pregunta lúcidamente:

En el libro insisto en visualizar una especificidad de la *experiencia gay*, pero también insisto en señalar que lo que determina esa especificidad no es subjetivo, sino político. ¿Hay una especificidad de la clínica LGTTBI? Sí y no. El lugar que cada sujeto ocupa en las relaciones de poder determina en gran medida su subjetividad. En un imaginario mundo no heteronormativo, ese mundo donde *Edipo gay* ya no sería necesario, sería sin duda distinta la subjetividad de las personas LGTTBI. En ese mundo la *experiencia gay*, por ejemplo, no estaría determinada por la injuria y el clóset. Pero seguramente las formas de sociabilidad y el modo de las relaciones sexo-afectivas del colectivo mantendrían alguna especificidad, no homologable al modo en que se establecen en la heterosexualidad. ¿Subsistiría la heterosexualidad, tal como la conocemos, en ese mundo imaginario? Preguntas imposibles de responder.⁹

Concluir la imposibilidad de dar respuesta, me parece signo de lo más analítico del planteo. ¿De qué otra cosa se trata en psicoanálisis sino de la imposibilidad? Sobre todo, porque responder sería recaer en algún modo de lo universal.

No obstante, no debe dejarse escapar la apuesta a un psicoanálisis situado, que no desconoce los efectos reales de los modos históricos de producción de sujetxs, así como los efectos de la injuria y la discriminación a partir de la cual se constituyen lxs subjetividades disidentes, no heteronormadas.

Llamamos a esta reseña “Del closet del psicoanálisis. Del closet al psicoanálisis”, convencidxs de que algo se juega allí, en ese desplazamiento, que es acto. Reitter lo

⁹ Ibid., p. 14.

plantea como la tarea de despejar lastres heteronormativos, una tarea que prepara el campo a la operación analítica.

Hay una operación a hacer con esos lastres, una operación a hacer cada vez, para que haya algo de análisis.

Y me parece de justicia que uno de los epígrafes, junto a Foucault y a Eve Kosofsky-Sedgwick, sea de Monique Wittig, que representa lo mejor de un feminismo sin el cual poco habríamos avanzado en el cuestionamiento de la heterosexualidad como régimen político:

[...] sigue habiendo en el seno de esta cultura un núcleo de naturaleza que resiste al examen, una relación excluida de lo social en el análisis y que reviste un carácter de ineluctabilidad en la cultura como en la naturaleza: es la relación heterosexual. Yo la llamaría la relación obligatoria social entre el «hombre» y la «mujer».¹⁰

Reitter anticipa críticas que sabe vendrán al encuentro de su libro:

Respecto de lo gay mi impresión es que el psicoanálisis suele situarse en una de dos posiciones (¡a veces el mismo analista sostiene las dos!): o la “homosexualidad” es una patología, o no es un tema. Y aunque estoy de acuerdo que gay, u “homosexual”, no son categorías del psicoanálisis, creo que hay una especificidad de la experiencia gay, que un psicoanalista hará mejor en tener en cuenta a la hora de escuchar a una persona homosexual. Por “experiencia gay” me refiero a aquella por la que alguien pasa por el sólo hecho de ser gay, independientemente de toda otra consideración subjetiva.

Y en mí hace eco con algunos planteos de David Halperin en *¿Cómo ser gay?* respecto de la experiencia homosexual, así como respecto del modo de *hacer* con el sufrimiento, modo otro de hacer con:

[...] las viudas de Fire Island [gays que han perdido sus partenaires por el VIH-Sida y performan viudas italianas] se ríen en primer lugar y sobre todo, de su propia aflicción. Cuando se ríen de situaciones espeluznantes o trágicas, no se

¹⁰ Ibid., p. 19.

trata de que no se percaten del horror o la tragedia que conllevan, más bien al contrario. Se ríen por no llorar, para no caer en la autocompasión sensiblera. Pero no se trata solo de eso, puesto que la aflicción no desaparece al reírse de ella, en todo caso se hace más aguda, más concreta. Sin embargo, así se la acota a un área conocida, una ubicación social y emocional específica, lo que quiere decir que se hace menos constrictora, menos aislante. En consecuencia, no se escapa de la congoja, sino que se comparte de manera que se pueda lidiar con ella. O se «intenta algo» como nos recuerda uno de los comentaristas de Amazon que dice Faye Dunaway al interpretar a Joan Crawford. Esther Newton lo sintetiza así: «el humor no encubre, sino que transforma». De ahí la afirmación de que: «*el camp dreña el sufrimiento de un dolor que no pretende ocultar*». Esto explica por qué el horror puede coexistir con el humor en la poética del discurso gay [...] parodia sin la más mínima implicación de crueldad, distanciamiento o negación.¹¹

Hay para Halperin, una poética del discurso gay que dreña el sufrimiento del dolor.

Hace poco intentamos localizar¹² cómo, de qué modo, Jean Genet, en toda su obra, nos había mostrado otros modos de hacer con lo que se vive, con lo que se padece, no solo en el campo del arte sino en la vida misma. Así, por ejemplo, la traición podrá ser el mayor acto de amor ante la pérdida del amado. Una suerte de ascesis erótico-amorosa, que abre otra vía al duelo. Duelo como acto.

Y aunque Lacan diga que la angustia no miente, hay una performatividad en la producción de afectos, una heteroperformatividad, una dramaturgia que muchas veces hace difícil hacerle lugar a las derivas singulares, singularísimas, con que cada quien hace con lo que le afecta. Y esa radicalidad de lo singular hace caer toda pretensión patologizadora, siempre y cuando se la acoja.

¹¹ David M. Halperin, *¿Cómo ser gay?*, Ed. Tirant Humanidades, Valencia, 2016, p. 218.

¹² F. Barrios, “Jean Genet, una práctica del decir o cierto tipo de magia”, 2019.

<https://e-diccionesjustine-elp.net> › [la-vida-como-pre-texto-del-arte](#)

Eso no significa anular la compleja relación singularidad-dimensión política en la producción de sujetos. Podríamos parafrasear al feminismo diciendo: *Lo singular es político* y en esa operación discursiva ninguno de los términos anula al otro, lo implica.

Entonces habrá, por ejemplo, mucha tela para cortar en este revisitar la llamada homosexualidad, partiendo de la dupla hasta ahora evidente para algún psicoanálisis: paranoia-homosexualidad.

La psicologización de las relaciones de poder y sus dispositivos, no hace sino darles consistencia, realidad.

Dice Reitter:

Un gay no *se siente* perseguido por su gaycidad, en muchos ámbitos lo está; no es, o no es sólo un fantasma neurótico. Si lo pensamos sólo en términos de mecanismos “psicológicos” no hacemos más que reforzar los dispositivos de poder que imponen el silencio sobre el tema.¹³

Reitter se muestra crítico respecto a algunas cantinelas psicoanalíticas, que se repiten ya vaciadas de toda mirada crítica, así el *caso por caso*, por ejemplo, puede sufrir esa deriva:

Si todo se pudiera reducir a cuestiones relativas al sujeto, a su deseo, a un sujeto que de ese modo queda reducido al individuo, si alcanzara con un planteo en función del “caso por caso”, como si cada uno pudiera hacer lo que quiera en términos absolutos (no determinados), ¿por qué durante un período tan largo de tiempo nadie habló y luego las voces se multiplicaron rápidamente? Es evidente que un cambio en las circunstancias históricas (léase, en las relaciones de poder) *hizo posible* hablar.¹⁴

Y dado que sería imposible decir acerca de todo lo que se dice en este libro, voy a terminar aludiendo a lo que me parece un punto central en todo debate contemporáneo que se plantee un desmarque necesario respecto de la heteronormatividad: la diferencia sexual;

¹³ J. Reitter, op. cit., p. 21.

¹⁴ Ibid., p. 25.

este “*núcleo de naturaleza*”, parafraseando a Wittig, que se pretende realidad pre-discursiva.

Diferencia que autorxs tan diversxs como Paul B. Preciado¹⁵ y Oyeronké Oyewumí¹⁶ coinciden en considerar constitutiva de Occidente. Sistema político-visual, dirá Preciado. Lógica, bio-lógica, visual dirá Oyewumí.

Edipo, Castración, Falo son sus principales derivas psicoanalíticas.

Dice Reitter:

En general los teóricos de los estudios de gays y lesbianas rechazan violentamente todo el planteo supuestamente falocéntrico del psicoanálisis, y yo creo que con mucha razón. ¿Cómo no rechazarían un planteo que dice que son enfermos, que no alcanzaron la sexualidad madura y genital, que los deja del lado de la perversión o de las soluciones “poco felices” del complejo de Edipo? Tienen en mi opinión mucha razón en su rechazo, y al mismo tiempo hay mucha verdad en el planteo freudiano del falo como ordenador del goce sexual. El asunto es cómo liberar a la teorización de la fase fálica del lastre que la vuelve heteronormativa.¹⁷

Me parece que el asunto está justamente allí, en no advertir que el llamado falo puede ser -de hecho lo es- *un* ordenador del goce sexual, el que las sociedades patriarcales, históricamente reguladas por la diferencia sexual, el sistema sexo-género y la heterosexualidad como régimen político se han dado como único.

Reitter apunta a la posibilidad de una *degenerización* del Edipo, que implique además la *aceptación* de la diferencia sexual aunque no su *elección*, en el plano de la pareja sexual. Aunque interesante como planteo, soy menos optimista al respecto porque entiendo que diferencia sexual-sistema sexo-género y heterosexualidad obligatoria excluyen toda otra deriva posible.

¹⁵ Paul B. Preciado, *Un apartamento en Urano. Crónicas del pase*, Anagrama, Argentina, 2019.

¹⁶ Oyeronké Oyewumí, *La invención de las mujeres. Una perspectiva africana sobre los discursos occidentales del género*, Editorial en la frontera, Bogotá, Colombia, 2017.

¹⁷ J. Reitter, op. cit., p. 31.

En este sentido, me parece igualmente prometedor el trabajo que viene haciendo Jean Allouch respecto a la *no relación sexual*, lo que finalmente podría -al menos- hacer innecesaria la idea de castración. Esto no necesariamente deja caer la diferencia sexual, que permanece presente aunque devenida posición, lado, en las fórmulas de la sexuación.

Salvo que arriesguemos que no hay relación sexual, en tanto no hay escritura de lo sexual, deriva de que *no hay lo sexual* por fuera de su existencia significativa.

Es por ello que creo que aún deberemos seguir trabajando para que el psicoanálisis devenga erotología de pasaje. Eros y logos deberán, aún, revisarse en el afán de otra regulación, por lo diverso y no por la diferencia y el binarismo.

En ese sentido, me parece más que alentador que libros como *Edipo gay*, nos sigan convocando a fugar de toda normatividad.